

NURIA LLOP

*El secreto
de una
dama*

Círculo de Lectores

I

–Se lo suplico, padre, no quiero ser la amante del rey –repitió por tercera vez Claudia Maldonado, con la desesperación impresa en el rostro.

Gregorio Maldonado, III barón de Arraz, se mantuvo firme con las manos a la espalda y la fría mirada que le caracterizaba cuando el nivel de alcohol en sus venas era bajo.

–Lo que tú quieras no importa, lo sabes muy bien. Si Felipe IV, rey de España y Portugal –puntualizó inútilmente y con mucha pompa–, ha puesto los ojos en ti, tu deber es complacerle.

Sin réplica posible a tal mandato Claudia se dirigió a la mujer que permanecía callada a su lado y a la que consideraba como una madre.

–Por favor, tía Juana, haz que mi padre entre en razón. Siempre has censurado el comportamiento disoluto de nuestro monarca y a las mujeres que se entregan a él. ¿Vas a permitir que yo me convierta en una de esas mujeres?

–Cariño –intervino por fin Juana Díaz, aunque no como la joven esperaba–. Es obligación de una hija acatar las órdenes de su padre. En esta ocasión, nada puedo hacer por ti. Lo lamento.

Desolada y confusa, Claudia se dejó caer en una de las sillas del salón de su casa y cerró los ojos con fuerza en un intento por dominar el escozor que le provocaban las lágrimas que retenía. Las deslucidas paredes que años atrás estuvieron cubiertas de óleos y tapices parecían oprimirla igual que el rígido jubón que vestía, y el

amplio espacio a su alrededor la ahogaba como si de una mazmorra estrecha y oscura se tratara. Jamás había incumplido una orden de su padre, pero lo que ahora le exigía era totalmente inaceptable, a su modo de ver. Un escalofrío le recorrió la espalda y supo que la causa no eran las bajas temperaturas de aquellos primeros días de febrero de 1640, sino pensar en el aciago futuro que le esperaba.

El breve y aplastante silencio que se adueñó del aire fue interrumpido por el fuerte carraspeo del barón que ella tan bien conocía; su padre emitía ese desagradable sonido cuando algo le incomodaba o le disgustaba y, en el corazón de Claudia, brilló la remota esperanza de que el hombre tampoco aprobara el destino que trataba de imponerle y que únicamente insistiera para contentar al rey.

—No logro comprender tu reticencia, hija. No te estoy poniendo en manos de un anciano decrepito ni de un hombre de pocas luces. Felipe IV tiene poco más de treinta años y un porte gallardo. Es inteligente y sensible, como lo demuestra que se rodee de los mejores artistas del reino, y posee un gusto exquisito. Para mí, es un halago que te haya elegido entre todas las damas de la corte —expresó con orgullo.

La remota esperanza de la joven se desvanecía y en su lugar crecían la furia y la decepción. El desconcierto se sumó a esas sensaciones al oír la siguiente afirmación de su padre:

—Y también debería serlo para ti: un halago y un privilegio.

—¿Un privilegio? —parpadeó, atónita—. Una desgracia, diría yo.

—¡Claudia! —bramó el barón—. ¿Cómo te atreves a despreciar así a nuestro rey?

—Perdone, padre, mediré mis palabras. Simplemente no veo cuál es el privilegio.

—Es obvio: serás agasajada con joyas y toda clase de regalos, gozarás de su favor y, en consecuencia, yo también.

—Entonces debería decir que es un privilegio para usted, porque

me conoce lo suficiente como para saber que doy muy poco valor a las joyas y a los regalos si no van acompañados de algo más.

El barón alzó las cejas, desconcertado.

–¿De algo como qué?

–Aprecio, afecto, amor...

–Bah, el amor –desdeñó el hombre–. ¿Ya estamos otra vez con esas tonterías?

El enojo de Claudia aumentaba por momentos y arrinconaba la decepción. Quería gritar que el amor no era una tontería, enfrentarse a su padre y negarse rotundamente a ser la amante del rey; pero alzar la voz, discutir y desobedecer no formaban parte de su cuidada y estricta educación. Apretó los labios para reprimir ese impulso impropio de una dama y agradeció que su tía saliera en su defensa.

–Gregorio, tu hija acaba de cumplir los veintitrés años, es normal que piense en el amor y crea en él. Todavía está en edad casadera y teme, igual que yo, perder la posibilidad de encontrar un buen esposo cuando su... –dudó un segundo– relación con el monarca termine.

–No hay nada que temer, querida cuñada. Estoy convencido de que podré concertar un buen matrimonio para ella antes de que cumpla los veinticinco, porque esa relación no durará mucho más de un año. El rey es voluble en ese aspecto, todos lo sabemos.

–¿Qué buen matrimonio puedo conseguir si me convierto en una mujer sin honra? –planteó con toda la calma que pudo reunir, que no era mucha–. Ningún noble que se precie querrá casarse conmigo cuando el soberano se canse de mí.

–Claudia, cariño, no seas ilusa –sonrió Juana Díaz–. Más de uno pasará por alto ese detalle si aportas a cambio una dote que ahora no posees. No somos los únicos nobles del reino con las arcas vacías.

–Y ser la protegida del rey volverá a llenarlas –auguró, satisfecho, el barón.

–Sé que estamos prácticamente en la ruina, padre, pero...

El hombre no le permitió replicar.

–Si te hubieras esmerado en conseguir un esposo no te hallarías en esta situación. Llevas mucho tiempo viviendo en palacio como dama de la reina Isabel. A diario, tratas con nobles que podrían contribuir a aumentar mis ingresos, y aún estoy esperando que alguno te pida en matrimonio.

–Admito que en los cinco años que llevo en la corte no me he esforzado mucho en llamar la atención de algún duque o marqués adinerado. –A decir verdad, no había hecho el más mínimo esfuerzo, pues ninguno había llamado la atención de ella–. Pero juro poner remedio a eso lo antes posible.

–No será necesario. Te someterás a los caprichos del rey y acudirás a él cuando así lo solicite –sentenció el barón–. No puedes elegir, Claudia. Has perdido ya mucho tiempo y no voy a permitir que desperdicies la gran oportunidad que se te presenta. ¡Cuántas jóvenes querrían estar en tu lugar, por el amor de Dios! –clamó al cielo mientras se dirigía hacia la puerta. Se detuvo en el umbral y emitió de nuevo ese sonoro carraspeo. Con la vista fija en el suelo y cierto titubeo, añadió–: Juana, ¿puedes instruir a la niña en sus... deberes como... protegida del rey o tengo que buscar a una mujer con... experiencia en esas cuestiones?

–Descuida, ya me encargo yo de tu hija.

Los pasos del hombre se alejaron acompañados del llanto que-
do de Claudia. Con las manos fuertemente unidas en el regazo y la
cabeza gacha, trataba de asimilar aquel horrible futuro inmediato
que le esperaba y que tan maravilloso le parecía a su padre. Notó
en su espalda la suave caricia de la tía Juana y aquel gesto la recon-
fortó. Se enjugó las lágrimas con las puntas de los dedos e inspiró
profundamente con el fin de impedir que continuaran oprimiendo
su garganta y anegándole los ojos. Los mantuvo cerrados y acogió
con gusto la oscuridad que invadía su mente al tiempo que se pre-
guntaba por qué, ¿por qué a ella?

–Claudia, escúchame.

–No te molestes, tía. Ya... –tragó saliva–. Ya sé lo que ocurre en un dormitorio entre un hombre y una mujer.

–¿Y cómo sabes tú eso? –inquirió con recelo Juana Díaz.

Ella fijó la mirada en sus dedos entrelazados y alzó un hombro simulando indiferencia.

–Entre las damas de la corte se comentan muchas cosas, y esa es una de ellas.

–Qué poca decencia. En fin... –se resignó. Se sentó a su lado y le pidió–: Mírame, por favor.

Claudia negó con la cabeza.

–No puedo. No puedo hacerlo, no tendré el valor de...

–Pues vas a necesitarlo. Tendrás que ser valiente si quieres salir de esto con dignidad y tu honra intacta.

Entonces sí la miró. Con una sonrisa triste y expresión compasiva al pensar en lo ingenua que era su tía si creía que una amante podía conservar la honra.

–Tu reputación se verá afectada –continuó la mujer–, pero ya hallaré el modo de restaurarla. Lo importante ahora es eludir tu deber.

Claudia pensó que no había oído bien.

–¿Cómo dices?

–Vas a tener que huir.

–¿Huir?

–Sí. Desaparecer de Madrid por un tiempo. Un par de meses bastarán para que el rey se encapriche de otra. –Tomó las manos de la joven entre las suyas–. Escucha: siento mucho no haberte defendido delante de tu padre, pero las dos sabemos que habría sido inútil iniciar una discusión. Era mejor dejarle creer que acatarías su mandato. De ese modo, seguirá vaciando botellas y jugándose lo poco que nos queda en partidas de cartas, y no estará pendiente de ti. Tendrás el camino libre para hacer lo que desees hasta que descubra tu desaparición. Cuando eso ocurra, ya procuraré que tarden en encontrarte.

–¿Hablas en serio?

–Completamente.

–¡Oh, gracias, tía Juana! –Abrazó a la mujer con todas sus fuerzas. Notó que las lágrimas pugnaban de nuevo por brotar, pero esta vez no eran de tristeza sino de emoción, de la inmensa alegría que le había devuelto la esperanza–. Lo único que lamento es que tú no puedas acompañarme.

–Es evidente que no –confirmó Juana Díaz, poniendo fin al abrazo de forma un tanto brusca–. Y, por favor, recuerda que no es necesario mostrar tu agradecimiento de un modo tan efusivo. Una dama no debe abalanzarse sobre el prójimo y estrujarlo como si fuera una almohada.

Claudia sonrió. No solo por el reproche que tantas veces le hacía su tía, sino por la perspectiva de vivir una aventura, de salir de la Villa por primera vez en su vida y viajar. Seguramente sería un viaje corto, pero el hecho de que fuera secreto lo convertía en una excitante aventura similar a las que leía en las novelas de caballerías que tanto le gustaban. Quizá incluso encontrara a su gran amor soñado en ese viaje. Ilusionada, preguntó:

–¿Quién me acompañará?

–Nadie. Cuanta menos gente sepa de tu huida, mucho mejor. Te marcharás sola.

La expresión de Claudia mudó por completo. Su corazón empezó a latir con rapidez y en sus pulmones no entraba el aire. Miraba boquiabierto a su tía y no podía pronunciar palabra.

La mujer trató de calmarla.

–No te preocupes, serán solamente unas horas. Te dirigirás a Valdemoro, al convento de Santa Clara. La superiora fue una de mis amigas de la infancia y, si vas de mi parte, te dará refugio un par de noches sin pedirte explicaciones. Escribiré de inmediato a la abuela para informarla de la situación. Mi madre te acogerá encantada en su casa de Valdepeñas cuando sepa por qué has huido de la Villa –acotó con una sonrisa de ánimo–. Le diré dónde te es-

condes para que mande un criado a buscarte, y así harás el resto del camino acompañada.

Claudia asimiló al instante el plan expuesto y se sobrepuso a la mudez.

—¿Y por qué ir a Valdemoro? ¿Por qué no espero aquí al criado de la abuela?

—Porque no puedes arriesgarte a permanecer cuatro o cinco días más en Madrid, que es lo que tardaría en llegar quien viniera a buscarte, aunque enviáramos la carta con urgencia a través de un mensajero. Además, para que tu huida pase desapercibida lo ideal sería que partieras mañana, durante la fiesta de inauguración del Coliseo del Buen Retiro. Casi todo Madrid estará allí y podrás escabullirte sin problemas.

El mayor temor de Claudia continuaba dificultándole la respiración y velando la alegría de poder burlar su destino como amante del rey.

—Pero nunca he ido sola a ningún sitio, ni siquiera a la vuelta de la esquina. Y está prohibido que una mujer soltera viaje sola en un coche de caballos —alegó—. Si la guardia me descubre...

—Toda la guardia estará mañana en el Buen Retiro —rebatió su tía—. Y no vas a marcharte en un coche. El cochero podría delatarte.

—Claro, tienes razón.

—Escúchame bien, Claudia: huirás sola y a caballo, sin nada más que lo que llesves puesto y lo que te quepa en unas alforjas.

—Ay, Dios —pronunció con un hilo de voz.

—Ya te he dicho que tendrías que ser valiente.

¿Valiente? Tendría que estar demente para embarcarse en tamaño locura, pensó Claudia. O beber hasta embriagarse por completo, como solía hacer su padre. Le costaba creer que la tía Juana la estuviera empujando a hacer algo tan peligroso y, por un momento, estuvo tentada de rechazar aquel plan de huida y sumarse a la lista de amantes de Felipe IV. Sin embargo, también pensó en

ese gran amor que el cielo reservaba para ella y en las pocas probabilidades que tendría de vivirlo si su nombre se añadía a aquella lista, por lo que decidió seguir el plan de su tía. Con una pequeña modificación de la que no tenía por qué enterarse, sería perfecto.

–Me encantaría acompañarte, pero no debo hacerlo. Estoy segura de que te perjudicaría –afirmó Elena Herrera, la mejor amiga de Claudia, en cuanto dejaron atrás los aposentos de la reina.

Sobrina del sumiller de corps de Felipe IV, Elena formaba parte del personal encargado del aseo diario y la vestimenta de Isabel de Borbón, y sus tareas también incluían atender a algunas damas de honor, entre ellas, a Claudia. Su amistad se había forjado poco a poco desde que la joven Maldonado entrara a formar parte del séquito de la reina y se había afianzado durante el último año, cuando el padre de Elena falleció tras una larga enfermedad. El apoyo constante de Claudia había sido de gran ayuda para superar tan duros momentos y, desde entonces, las dos eran inseparables.

–¿Por qué me perjudicaría? –preguntó ella, tras esquivar a dos criados que transportaban una alfombra.

–Porque la camarera mayor vigila constantemente a todas las que estamos a su cargo y se percataría de mi ausencia antes de que traspasáramos las puertas de palacio.

–Puedes simular que estás indispuesta y pedir permiso para retirarte a tu habitación.

–Y mandaré a un médico para examinarme y a alguna doncella que cuidara de mi pronta recuperación –rebatí, enfilando el corredor que rodeaba la Plaza Principal del Palacio del Buen Retiro–. No, lo de estar indispuesta es lo que dirá tu tía cuando pregunten por ti y lo que yo confirmaré. Así, nadie se dará cuenta de que no estás en palacio hasta mañana a mediodía. Además, apenas me sostengo sobre un caballo y ralentizaría tu huida en el hipotéti-

co caso de que te acompañara. Tardaríamos el doble en llegar al convento de Santa Clara, lo que significa que anochecería a mitad de camino. Sinceramente, me quedaré mucho más tranquila si sé que llegas antes de que oscurezca.

–Pues yo no estaré tranquila en absoluto si tengo que viajar sola –manifestó, apesadumbrada–, ya sea de día o de noche.

Elena enlazó el brazo de Claudia para reconfortarla y apartarla a la vez del trajín del corredor. En un par de horas daría comienzo la fiesta de inauguración del Coliseo, el nuevo teatro construido para que el rey disfrutara de las representaciones sin tener que desplazarse al Corral del Príncipe o al de la Cruz, y la actividad en palacio era frenética esa mañana.

–Bueno, si prefieres yacer con el rey...

–¡No!

–Chissss... Baja la voz –le advirtió Elena, y sonrió a un corrillo de damas que las miraban de forma inquisitiva.

Claudia se obligó a sonreírles también y, sin más interés, aquellas damas retomaron su charla. En cuanto las dejaron atrás, su amiga continuó:

–Entonces, te marcharás esta tarde. Sobre las tres, ¿no? Durante el primer acto de *Los bandos de Verona*.

–Sí. Voy a perderme el estreno de la nueva obra de Fernando de Rojas –se lamentó–. Qué lástima, seguro que es preciosa. Dicen que está inspirada en *Romeo y Julieta*, de Shakespeare.

–Espero que no tenga un final tan trágico. No sería adecuado para una fiesta como la de hoy.

–Aunque sea trágico, es maravilloso. –Una expresión soñadora iluminó el rostro de Claudia–. ¿Te imaginas enamorada de alguien tan profundamente?

Elena clavó la vista en el suelo ajedrezado y soslayó la pregunta.

–No hablemos ahora de amores ni de teatro. Hay algo que no me convence en el plan de tu tía.

–¿Algo más, aparte de tener que fugarme sola?

–Eso no te convence a ti –corrigió, con cierta diversión–. A mí, me parece lo más conveniente. Sin embargo, que vayas a casa de tu abuela... Creo que no es buena idea. Probablemente, será el primer sitio donde te busquen después de registrar Madrid.

–Ya lo había pensado. Pero cuando la guardia llegue a Valdepeñas, la abuela me protegerá.

–No lo pongo en duda. De todos modos, sería mejor que te ocultaras en algún lugar que no se pudiera relacionar contigo ni con tu familia tan fácilmente.

–¿Y qué lugar? Nadie que no pertenezca a mi familia me acogerá de buena gana en su casa si sabe que he huido de palacio.

–Mi hermano te acogería si yo se lo pidiera, pero vive en Valencia. Demasiado lejos si vas a viajar sola.

Un temblor sacudió a Claudia al oír de nuevo esa última palabra.

–No me lo recuerdes, por favor. Para mí, cualquier sitio más allá de las murallas es demasiado lejos para viajar sola.

–Vamos, no pienses en ello. Céntrate en la gente que conoces, en tus amigas de la infancia, por ejemplo. ¿Alguna tiene parientes fuera de la capital? ¿Crees que te ayudarían?

–No lo sé. Todas están casadas y apenas me relaciono con ellas desde que entré en la corte. –Por su mente pasaron aquellas niñas con las que había compartido juegos y risas hasta que sus cuerpos se desarrollaron, momento en que las risas se transformaron en sonrisas corteses, y los juegos en cuchicheos y envidias nacidas de la necesidad de encontrar el mejor esposo. La conclusión fue muy clara–: No. Tú eres la única amiga en la que puedo confiar. ¡Oh, Elena! ¿Qué voy a hacer? El plan de mi tía me parecía estupendo ayer, pero cuanto más se acerca la hora...

Un tanto alicaída, se aproximó a uno de los ventanales y observó el ajetreo que tenía lugar en aquel enorme patio que llamaban Plaza Mayor. En una de las esquinas, junto al Salón de Reinos, se alzaba el nuevo teatro y reconoció al grupo de escenógrafos que

supervisaban la colocación de los grandes bastidores que habían estado pintando durante semanas y que servirían de decorados en aquella obra a la que le habría gustado asistir. Pensar que también se perdería la fastuosa fiesta que seguiría a la representación teatral la entristeció aún más.

—No irás a echarte atrás, ¿verdad? —La voz de su amiga sonó como un desafío—. ¿Dónde está esa soñadora que imagina aventuras con caballeros andantes y que inventa historias de amor por el placer de escribirlas?

—Parece que se ha esfumado ante la posibilidad de vivir una aventura real que, a buen seguro, no me proporcionará ningún placer —sonrió Claudia, con pesar.

—Pues haz que regrese, porque no veo más opciones para librarte del rey que escapar. O pedirme que te empuje escaleras abajo para que se te rompa algún hueso... —bromeó Elena—. Dudo que el soberano quiera una amante con un brazo entablillado.

Claudia abandonó la observación del exterior y miró a su amiga con los ojos muy abiertos.

—¡Sí, eso es!

—¿Qué...? Oh, no hablaba en serio.

—No, no, es que acabo de acordarme de aquella mujer a la que socorrimos el año pasado a la salida del Corral del Príncipe, la que se cayó y se rompió un brazo. Vivía en Orgaz y había enviudado unos meses antes. ¿La recuerdas?

—Ah, sí. ¿Cómo se llamaba?

—Marta, viuda de Villegas. Así se presentó. Había venido sola a Madrid y la acompañamos hasta la posada donde se alojaba. Estuvimos con ella hasta que un médico la atendió. Tú no volviste a verla porque tu padre estaba ya muy enfermo y pasabas con él todas las horas libres que te concedía la camarera mayor de la reina, pero yo sí la visité a diario hasta que regresó a su casa al cabo de una semana.

—Ah, sí, me lo contaste, pero lo había olvidado. —La mirada de

su amiga se perdió en la lejanía-. En esos días tenía la cabeza en otra parte.

-Lo sé, y siento mucho haberlos traído a tu memoria. Perdóname.

-Tranquila, es ley de vida. -Elena inspiró muy hondo para ahuyentar los dolorosos recuerdos y volvió al tema de la viuda de Villegas-. Bueno, dime, ¿qué tiene que ver esa mujer con tu plan de huida?

-Verás, el día que se despidió me anotó sus señas y me dijo que nunca olvidaría nuestra ayuda, que nos debía un gran favor y que no dudáramos en pedirle cualquier cosa que necesitáramos. Estoy segura de que me acogería en su casa -afirmó Claudia, esperanzada-. Y a nadie se le ocurrirá buscarme en Orgaz, ¿no crees? Sería un buen lugar donde esconderme durante un mes o dos.

-Un lugar estupendo.

-Si consigo llegar hasta allí, claro -repuso, con menos ánimo del que acababa de mostrar.

-Por supuesto que lo conseguirás. Orgaz está a menos de veinte leguas de Madrid. Ven, volvamos a los aposentos de la reina. -Enlazó de nuevo el brazo de Claudia y comenzaron a desandar lo andado-. Te dibujaré un mapa del camino que debes tomar.

-Al final, esa afición tuya por los mapas me va a resultar útil.

-Tú viajas con las novelas que lees, y yo -miró uno de los lienzos que decoraban las paredes, una vista del jardín de la Villa Medici, pintado por Velázquez, el artista favorito del rey-, con las pinturas y los mapas.

Manuel Perea había jurado no regresar jamás a España; y, sin embargo, ahí estaba, en el camino de Toledo y a menos de un día de viaje de Orgaz, dispuesto a pasar el tiempo que fuera necesario en la casa que lo vio nacer. No tenía ni idea de si ese tiempo serían dos meses o seis, dependía de cómo hallara a su hermana, pero no po-

día ser mucho más ya que su prometida no aceptaría de buen grado aplazar de nuevo la boda.

Aquella belleza italiana que iba a ser su esposa no se había tomado bien el primer aplazamiento, pero finalmente había comprendido que la preocupación de Manuel por el único miembro vivo que quedaba de su familia iba a ser un obstáculo a la felicidad conyugal, y él había emprendido el viaje de vuelta al país del que fue desterrado cuando tenía veinte años.

Habían transcurrido casi diez desde entonces. Parte de la condena estaba más que cumplida y faltaban solo nueve meses para que finalizara la otra, la que le prohibía poner los pies en Madrid. Pese a ello, la tentación de acercarse al Palacio del Buen Retiro y ver si podía colarse en él de algún modo había sido difícil de vencer. Manuel quería ver con sus propios ojos aquel teatro del que tanto había oído hablar a los escenógrafos que trabajaban con él en Florencia y a algunos de los viajeros que se había ido encontrando desde que desembarcó en el puerto de Barcelona, hacía ya una semana. Casualmente, la fiesta de inauguración del Coliseo se celebraba ese mismo día y había pensado que no se presentaría mejor ocasión para introducirse en el recinto sin ser reconocido; pero la posibilidad existía y, aunque se había aproximado a los límites de los inmensos jardines del Buen Retiro, no había querido arriesgarse a ser detenido y condenado de nuevo. La preocupación por su hermana había sido mayor que la curiosidad por ver aquel teatro.

Las cartas que periódicamente recibía de ella se habían ido espaciando desde principios del año anterior, y las pocas que le llegaban eran breves e insustanciales: apenas diez líneas que solo contenían las preguntas de cortesía habituales, buenos deseos y algún que otro chismorreo de los vecinos de Orgaz. Manuel temió que Marta, después de enviudar, hubiera caído en un estado de melancolía y le propuso, en una de sus cartas, que viajara a Florencia para reunirse con él; pero ella había rehusado alegando que no

podía abandonar la propiedad de la familia. Dado que las tierras y la casa pertenecían a Manuel, se sintió culpable por dejar que su hermana cargara con todo el peso de administrarlas mientras él disfrutaba de una vida apacible y acomodada en la ciudad de los Medici y concertaba una boda que le aseguraría un puesto de prestigio entre los artistas italianos.

Una leve inquietud se había ido apoderando poco a poco de Manuel hasta la navidad del año anterior, cuando traspasó el límite y se convirtió en auténtica preocupación. La habitual carta de su hermana junto con un pequeño obsequio navideño llegó en enero y sin obsequio, y le pareció tan extraño que temió de verdad que a Marta le hubiera ocurrido algo grave, por lo que decidió romper su juramento y volver temporalmente a su casa natal. Así pues, a finales de ese mismo mes subía a bordo de un galeón en el puerto de Génova.

Después de tres días de navegación desembarcó en Barcelona, donde contrató un servicio de transporte para que llevara su equipaje hasta Orgaz y compró un hermoso caballo árabe, resistente y veloz, con el fin de realizar el resto del viaje lo más rápido posible y en solitario. Necesitaba pasar un tiempo consigo mismo y pensar. Pensar, sobre todo, en cómo afrontar el deseo de venganza que había logrado dominar a lo largo de los años y que, al pisar de nuevo la península ibérica, comenzaba a escapar de sus cadenas. Los recuerdos arrinconados regresaban a su memoria con una fuerza arrolladora y en su interior reverberaba un susurro continuo que le instaba a buscar al traidor y a enfrentarse a él en un duelo a muerte. Manuel intentaba acallar aquel diablo vengador y se repetía, una y otra vez, que el único motivo por el que regresaba a España era su hermana, pero, en el fondo de su alma, sabía que no era así.

Igual que sabía quién le había traicionado.

Manuel también era plenamente consciente de que nada le devolvería lo que perdió a causa del destierro, ni siquiera enfrentarse

a aquel que fue un buen amigo, y sin embargo la necesidad de hacerlo aumentaba con cada legua que avanzaba.

En la misma proporción aumentaban el cansancio, el hambre y el frío que sentía desde que dejara atrás las murallas de Madrid. Tal vez la fina capa de nubes que amortiguaba el ya débil sol del invierno era la causa de que empezara a notar cierta rigidez muscular, pero sospechaba que aquellos infaustos recuerdos tenían buena parte de culpa; con el rato que llevaba galopando sin parar, debería de estar sudando y no a punto de ponerse a tiritar.

No fue un susurro lo que sonó en su estómago en ese momento, sino una sucesión de rugidos que le advertían que no aguantaría vacío mucho más. La cecina y el pan blanco que había desayunado a las siete de la mañana eran alimento insuficiente para ocho horas de viaje y, a pesar de que había previsto no detenerse hasta la caída del sol, Manuel decidió hacer un alto en la primera parada de postas que encontrara. Su montura también necesitaba comida y descanso.

Poco después, muy cerca de Fuenlabrada, le entregaba las riendas a un muchacho despeinado y ojeroso.

—El establo está lleno, señor. Tendrá que dejar el caballo fuera. En cuanto pueda, me encargaré de él.

—Creía que todo el mundo estaría en la inauguración del Coliseo del Buen Retiro —comentó, sorprendido a la vez que contrariado.

—Parece que a algunos no les importa llegar tarde —masculló el zagal, y procedió a atar las riendas en un poste.

Con un rápido vistazo, Manuel se percató de que no podría ver su montura desde las ventanas de la posada, y dejarla ahí fuera, bajo la única vigilancia de un muchacho desbordado de faena, no le inspiró mucha seguridad. El hecho de que hubiera un par de caballos atados a un árbol junto a la posada le confirmó que había más viajeros desconfiados y optó por hacer lo mismo que ellos.

—Veo que estás muy ocupado, muchacho. Si me traes agua, avena y heno, yo me haré cargo de mi montura.

—Muchas gracias, señor.

Al rato, Manuel ocupaba una mesa junto a una de las ventanas del comedor de la posada, ruidoso y bastante concurrido. Era la única vacía y pronto descubrió por qué: los vanos de la ventana no encajaban, por lo que el frío del exterior penetraba por el resquicio y por las desgastadas juntas de madera. Optó por dejarse la capa puesta.

Mientras vigilaba su nueva montura, devoró unas lentejas guisadas que una de las mozas de la posada le había servido con un guiño y una clara insinuación de que estaba dispuesta a servirle algo más que vino y un plato de comida. La mujer tenía carnes calientes que ofrecer y frutos maduros muy apetecibles, y Manuel habría pagado y saboreado con gusto ese menú, pues llevaba meses sin catar un cuerpo femenino, pero ignoró la insinuación. Su conciencia le obligaba a ello.

El día que se comprometió con Fiorella Buontalenti, a principios del verano anterior, le juró mantener a raya sus instintos más básicos hasta formalizar la unión matrimonial ante Dios, y quería permanecer fiel a ese juramento. No le había resultado fácil conformarse con unos cuantos besos de la preciosa italiana y con aliarse solo, pero estaba orgulloso de haber vencido toda tentación desde entonces y así seguiría siendo, se dijo con determinación.

Tal determinación comenzó a flaquear cuando la moza se acercó a la mesa por tercera vez, se inclinó, provocadora, hacia él y plantó aquellos frutos maduros ante sus ojos al tiempo que le preguntaba:

—¿Es suficiente comida para vos, caballero?

Manuel tuvo que apartarse para que su nariz no se hundiera en la profunda hendidura entre los pechos de la mujer.

—Parecís agotado —añadió ella, sin darle tiempo a responder—. Arriba hay habitaciones donde podríais descansar.

Él reprimió la risa que ese eufemismo le causó y fijó de nuevo la mirada en la ventana para no ver las invitadoras redondeces de aquella moza.

–No tengo tiempo para descansar. Me marcharé en cuanto acabe de comer.

–Vaya, qué lástima –suspiró ella. Le acarició el dorso de la mano y lo tuteó con descaro–. Uy, estás helado. ¿Quieres que te ayude a entrar en calor?

Acto seguido, la mujer repitió la caricia en el muslo de Manuel, en dirección a su entrepierna. Él dio un brinco en el asiento. Debería responder con un «no» rotundo, pero su boca estaba sellada y sus dientes apretados en un intento de controlar que su miembro no reaccionara. A falta de voz, clavó sus negras pupilas en el rostro de la moza de la posada, que interpretó al instante la severa mirada y se irguió, dándose por vencida. Con los brazos en jarras, le sonrió amablemente.

–Bueno, si cambias de opinión, házmelo saber. Y no hace falta que vigiles tanto ese caballo, aquí nadie te lo va a robar –concluyó, y se alejó meneando el trasero como si aún confiara en poder ayudarle a entrar en calor.

Se equivocaba, pensó Manuel. La muchacha se equivocaba porque no iba a cambiar de opinión.

El endiablado susurro atacó de nuevo, pero esta vez no le habló de venganza sino de placer. Lo incitaba a tomar ese otro menú y dejarse acoger por aquel cuerpo voluptuoso y dispuesto. Manuel se negaba a escuchar. Había hecho un juramento y ¡por su honor que lo cumpliría!

Claro que, si había incumplido ya uno, bien podría romper otro, ¿no?, se planteó, recordándose que había regresado a España.

No.

No, no, no. El primero le incumbía solamente a él y había una poderosa razón para romperlo: su hermana. En cambio, el segundo se sustentaba en el respeto hacia otra persona, hacia la que sería la madre de sus hijos, y no iba a fallarle a Fiorella. Costara lo que costase, se reservaría para ella.

Y le estaba costando mucho porque la moza paseaba sus dos

poderosas razones alrededor de las mesas más próximas a la que Manuel ocupaba, y aquellas razones expulsaban de su mente todo pensamiento que no tuviera relación con el sexo. Se enojó consigo mismo, se maldijo en silencio y vació de un trago la copa de vino. Cerró los ojos y así los mantuvo hasta que logró controlar el inoportuno deseo. No era la primera vez que se excitaba ante un par de pechos que no fueran los de su prometida ni sería la última, y hacía ya meses que había aprendido a dominarse. Solo tenía que pensar en Fiorella, la dulce y virginal Fiorella, y la lujuria remitía y se transformaba en un plácido y entrañable cariño.

Fiorella... Fiorella... Fiorella... Fiorella...

Bien. Ya estaba. No había rigidez en ninguna parte de su anatomía.

Abrió los ojos dispuesto a retomar la vigilancia de su montura, aquel hermoso ejemplar zaino oscuro de crin y cola negras, muy similar al que en ese preciso instante se alejaba de la posada y que atrajo su mirada por la elegancia del trote y por la baja estatura del hombre que lo montaba. De no ser porque la moza le había asegurado que allí nadie le iba a robar el caballo, habría jurado que era el suyo.

El cristal de la ventana se había empañado un poco por el contraste de temperaturas entre el exterior de la posada y el interior, y Manuel frotó la lisa superficie con el antebrazo para eliminar la capa de vaho y tener mejor visibilidad. El equino que permanecía atado también era zaino, pero... aquel no era un caballo árabe.

No era su caballo.

Se levantó de golpe, volcando el taburete con el impulso, y salió de la posada lo más rápido que pudo.

—¡Eh, ladrón! ¡Vuelve aquí! ¡Ese caballo es mío! ¡Ladrón! —gritaba con todas sus fuerzas mientras corría, desesperado, tras aquel jinete bajito.

El caballo arrancó al galope y Manuel se percató al instante de la inutilidad de perseguirlo a pie. Dio media vuelta para dirigirse

hacia la montura que ahora ocupaba el lugar de la suya, decidido a tomarla prestada para recuperar la que le pertenecía; pero al poner el pie en el estribo, la silla resbaló del lomo y a punto estuvo de darse de bruces contra el cuero. Masculló una palabra soez, recuperó la verticalidad y entonces vio que la cincha estaba cortada.

La moza de la posada había vuelto a equivocarse. Allí sí robaban caballos.

Ni una sola vez en la vida la habían acusado de ladrón, lo que era lógico puesto que nunca había robado nada, pensó Claudia mientras espoleaba aquel hermoso caballo árabe.

Tampoco había vestido jamás ropas de hombre ni se había visto obligada a huir de ningún lugar. Estar completamente sola y cabalgar a galope tendido por caminos que no conocía también era algo nuevo para ella y, a medida que se alejaba de Madrid, el pánico aumentaba. Se preguntó por enésima vez por qué no había seguido el plan de su tía de refugiarse en el convento de Santa Clara, aunque más que una pregunta era un reproche a sí misma por ser tan ilusa y creer que esa huida podía convertirse en una emocionante aventura. Incluso había imaginado que un gallardo noble extranjero aparecería de repente tras las murallas de Madrid y la escoltaría hasta Orgaz; se enamorarían locamente durante el trayecto, se casarían antes de que el rey la localizara y se marcharían al país del esposo para vivir felices el resto de sus días.

Sueños. No eran más que sueños absurdos, porque hasta el momento solo se había cruzado con varios mendigos, carros cargados con fardos y con algún que otro coche elegante cuyos pasajeros no le habían dedicado ni una sola mirada.

Y ahora, aquel hombre la acusaba a voz en grito de haberle robado el caballo.

Una acusación injusta ya que ella había dejado su yegua a cambio y, además, tenía la intención de pedir que lo devolvieran a la

parada de postas de Fuenlabrada en cuanto llegara a la casa de la viuda de Villegas. Pero, claro, eso el hombre no podía saberlo y tuvo que admitir que era comprensible que la llamara ladrón y quisiera perseguirla.

No la alcanzaría, no debía sufrir por eso, se dijo Claudia para calmarse. Si al dueño del caballo árabe se le ocurría servirse de la montura que ella había abandonado, tardaría un buen rato en poder salir del recinto de la posada pues había tomado la precaución de cortar una cincha de la silla. Además, la yegua que la tía Juana había preparado para la huida sumaba ya muchos años en sus huesos y, aunque era veloz, se cansaba pronto de galopar. Esa era una de las razones por las que había decidido cambiarla en cuanto tuviera oportunidad; la otra era reducir las posibilidades de que la Guardia Real siguiera su rastro por la descripción del equino. Si lo hacían, su búsqueda se interrumpiría en la parada de postas de Fuenlabrada.

La primera intención de Claudia había sido alquilar otra montura, pero cayó en la cuenta de que su voz de mujer no encajaba con el atuendo masculino que vestía, aunque la fingiera grave como la de un hombre, lo que levantaría las sospechas del encargado de cualquier establo. Cuando estaba a punto de resignarse a continuar el camino con su vieja yegua había divisado aquel hermoso ejemplar de raza árabe sobre el que ahora casi volaba y, sin pensarlo dos veces, se había acercado al árbol al tiempo que echaba una rápida mirada a su alrededor. No había nadie fuera de la posada ni nadie que la observara desde el interior; aunque los cristales de las ventanas estaban ligeramente empañados, había podido constatar que la única persona en su línea de visión era un hombre que parecía dormido. Claudia no le había quitado ojo de encima mientras cortaba la cincha con el cuchillo que la tía Juana había incluido en el escaso equipaje.

El hombre era joven, de cabello negro, barba y bigote poco poblados, como si no se hubiera afeitado en varios días, y su ex-

presión reflejaba un padecimiento que no correspondía a un sueño agradable. No le había parecido extraño, ya que dormir sentado y con la espada rígida debía de resultar incómodo. Muy cansado tenía que estar para haber caído en brazos de Morfeo en semejante postura y sin haberse quitado la capa, dedujo, por lo que difícilmente despertaría antes de que ella escapara. Aun así, no había dejado de vigilarlo hasta que arrancó al trote para volver al camino. Unos segundos después, oía aquellos gritos y acusaciones que la habían inquietado más de lo que ya lo estaba y que seguían resonando en su cabeza.

Todavía quedaba un buen trecho hasta Illescas, el punto que Elena le había marcado en el mapa como lugar para pernoctar y al que debía llegar con la puesta de sol. Sin embargo, después de haber visto lo concurrida que estaba la posada de Fuenlabrada, a Claudia comenzó a asaltarle la duda sobre lo de pernoctar en una. Entrar en un lugar repleto de hombres de todo tipo y esperar que ninguno de ellos descubriera su disfraz le parecía una vana ilusión y una temeridad.

¿Y cómo iba a pedir una habitación sin que su voz la delatara? Su dulce y melodiosa voz, como todos la definían, era un detalle con el que no habían contado ni ella ni su amiga.

Calibró la posibilidad de hacerse pasar por un joven mudo y escribir la petición, pero el trazo femenino de su letra también podría poner en evidencia su condición de mujer y, además, de buena cuna. Y si ese detalle no llamaba la atención del posadero, había otro aún más revelador: el volumen de sus senos. Le había resultado imposible abotonarse del todo el jubón, de hechura masculina, y aunque intentara mantener la capa cerrada mientras escribía, la tela podía escapar de sus dedos accidentalmente y dejar a la vista la abertura a la altura del pecho. No, la treta del joven mudo no funcionaría.

Por otra parte, el dueño del caballo que había tomado prestado podía seguir sus huellas mientras fuera de día y ver que termina-

ban en Illescas. Claudia no sabía cuántos establos hallaría en aquella población, ni si era grande o pequeña, solo sabía que era un punto en el mapa que su amiga había dibujado, un mapa muy preciso en cuanto a distancias y situación de los caminos y villas que encontraría en el trayecto, pero no tanto respecto al tamaño de dichas villas. Era muy probable que aquel que se consideraba víctima del robo buscara su caballo hasta dar con él y, por ende, con ella. ¿Qué sucedería entonces?

Durante un buen rato, Claudia se permitió el lujo de imaginar varias historias que serían perfectas para una novela o una comedia, lo que alejó de su mente cualquier nefasto pensamiento relativo a la fuga.

Concentrada en esas historias y en el camino que tenía por delante, avanzaba leguas sin reducir la velocidad hasta que distinguió un círculo blanco en el cielo azul pálido salpicado de nubes rojizas. La luna había despertado y pronto comenzaría a oscurecer. A lo lejos se recortaban las siluetas de varias casas y una torre de aspecto morisco con ventanas ojivales que Claudia identificó como la torre de la iglesia de Santa María, en Illescas; había visto algunos grabados de aquella iglesia que albergaba pinturas de El Greco en su interior. Así pues, estaba a punto de llegar al lugar de pernocta. Y antes de lo previsto por Elena, ya que el sol aún competía con la luna resistiéndose a perder la batalla que libraban a diario. Calculó que disponía de una media hora de luz, quizá algo más, para encontrar un lugar donde dormir, aunque dudaba de que pudiera pegar ojo en toda la noche. Y eso, si conseguía una habitación sin ser descubierta, claro.

Entonces ¿para qué detenerse allí?

Si continuaba hasta Toledo tendría que cabalgar a oscuras un par de horas, tres a lo sumo, pero sería más fácil ocultarse en una ciudad grande donde las huellas del caballo quedarían borradas con rapidez por las de otras monturas y por las roderas de los coches. Hasta el momento nadie la perseguía, pero aquel hombre

que la había acusado de ladrón bien podría estar cerca, y Claudia temía perder la ventaja que llevaba si paraba en Illescas.

Todo aquel discurrir le ocupó el tiempo suficiente para dejar atrás la muralla medieval que rodeaba la población, lo que disipó cualquier duda que pudiera quedarle respecto a tomarse un descanso nocturno. No estaba cansada, al contrario, se sentía llena de energía y notaba el pulso acelerado, tal vez demasiado, pero sabía que descansar no lo devolvería a su ritmo habitual. Aquel loco latido que retumbaba en su pecho era fruto del pánico, el mismo pánico que la obligaba a tomar profundas bocanadas de aire con regularidad desde que abandonó el palacio del Buen Retiro e inició esa huida en solitario.

Eso era lo que más la asustaba: estar sola. Mucho más que el riesgo de ser asaltada en el camino o de que la alcanzara el dueño del caballo árabe. Mucho más que cabalgar bajo el manto negro de la noche o que un posadero descubriera a la mujer que ocultaba aquel traje de hombre. Lo único que Claudia deseaba era llegar a Orgaz, ver el rostro afable de la viuda de Villegas y refugiarse en su casa y en su compañía.

La luna fue adquiriendo brillo hasta convertirse en un disco blanco perfecto que se recortaba en un cielo moteado de estrellas. Centinela de la noche, ofrecía, generosa, su luz a la Tierra y guiaba a Claudia hacia Toledo. Asustada hasta la médula de los huesos, rezaba una oración tras otra y rogaba a Dios que la ayudara a llegar sana y salva a la ciudad que fue sede de la corte del rey Carlos I. Sus oídos, acostumbrados al bullicio de Madrid, buscaban con desespero algún sonido familiar que no fuera el de su agitada respiración o el del rítmico golpeteo del galope, pero los únicos que captaban le eran tan ajenos como lo sería el rumor de las olas para alguien que nunca ha estado cerca del mar.

Aquella especie de silencio fue alterado de repente por un sonido lejano que sí reconoció: las campanadas de una iglesia.

Una... dos... tres... cuatro... La última fue la número nueve.

Un ligero entusiasmo atenuó los miedos de Claudia, que aguzó la vista y distinguió la colina sobre la que se alzaba Toledo. ¡Por fin! Las palabras de Elena se reprodujeron en su cabeza como si las estuviera pronunciando en ese mismo momento.

—Es una ciudad preciosa, pero no te entretengas visitándola. Tu prioridad es llegar a Orgaz. Tendrás que atravesarla, porque es un lugar de paso obligado para continuar el viaje. No hay en las cercanías otro modo de cruzar el río que por los puentes que conectan los caminos con las puertas de la ciudad.

«No te entretengas visitándola.»

«Lugar de paso.»

«Tu prioridad es llegar a Orgaz.»

Cierto. No podía quedarse allí hasta el amanecer. Atravesaría la ciudad tranquilamente, daría de comer y de beber al caballo y dejaría que reposara un rato. Después retomaría el camino hacia la casa de Marta y llegaría allí antes de medianoche. No era una buena hora para visitas, desde luego, pero tampoco lo serían las ocho de la mañana de un domingo. Además, ella no iba de visita, iba en busca de auxilio y no había horas adecuadas para eso. La viuda de Villegas lo comprendería.

El orgullo de haber cubierto casi todo el trayecto calmó un poco la ansiedad que la asfixiaba, pero el miedo persistía y mantenía en alerta sus sentidos cuando cruzó el puente sobre el río Tajo para entrar en la ciudad amurallada. Una vez en el interior, desmontó y caminó junto al muro, iluminado con antorchas que caldeaban el aire y teñían de amarillo las piedras que lo conformaban. Los cascos del caballo resonaban en el empedrado con una cadencia relajante e inquietante a la vez ya que apenas se oía nada más, como si la ciudad estuviera deshabitada o sumida en un profundo sopor. Recordó entonces que Toledo estaba plagada de conventos, iglesias y monasterios, y pensó que quizá el rezo de la hora nona fuera el motivo de tanto silencio.

Claudia anduvo un buen rato bordeando la muralla hasta que

encontró la siguiente puerta. Allí se detuvo a comprobar las indicaciones de Elena en el mapa y aprovechó para avituallar al caballo. Antes de partir de Madrid, cuando había ido al establo de su casa a por la vieja yegua, se había abastecido con un pellejo de agua y algunas zanahorias para alimentarla durante el trayecto, ya que la tía Juana solo había metido en las alforjas una sencilla falda, unas enaguas, algunas monedas y aquel cuchillo al que había dado ya buen uso. Era lógico que no hubiera añadido comida, puesto que la mujer suponía que no le sería necesaria para llegar al convento de Santa Clara.

Cuando las campanas de la catedral tocaban las diez, Claudia iniciaba el último tramo del viaje y, una hora después, se hallaba frente al castillo del conde de Orgaz. La morada del noble al que pertenecían todas esas tierras era el lugar que su amiga le había señalado como punto de referencia para localizar la casa de la viuda.

Tomó la senda que bordeaba la muralla y se dirigió hacia el norte hasta la llamada Puerta de Toledo. Marta le había explicado que vivía en el arrabal de ese mismo nombre, en el último caserón de aquel barrio extramuros. Alentada por la cercanía de su libertad y por saber que muy pronto volvería a gozar de la compañía de alguien a quien conocía, Claudia no tardó en encontrar el que iba a ser su lugar de refugio temporal.

La inquietud y el miedo la invadieron de nuevo tras golpear la puerta de la casa con los nudillos y no obtener respuesta. Ninguna luz indicaba que hubiera alguien allí. Ningún ladrido, ni relincho, ni balido... Nada. El silencio más absoluto la rodeaba. ¿Y si la viuda había partido de viaje?, se preguntó. Del mismo modo que viajó a Madrid para conocer la capital del reino, podría estar ahora en cualquier otra ciudad con el fin de seguir ampliando conocimientos.

O tal vez se había mudado. O se había vuelto a casar y...

¡Oh, Dios! ¿Por qué no había pensado en todas esas posibilidades?

Desesperada y al borde del llanto, Claudia aporreó la recia madera con todas sus fuerzas mientras imploraba al Todopoderoso un poco más de ayuda.

«Es lo último que te pido, Señor. Juro no volver a desobedecer jamás a mi padre y juro también no volver a lanzarme a una aventura tan temeraria e inconsciente como esta. Lo juro, Señor, pero, por favor, haz que la viuda abra la puerta.»

Y la puerta se abrió.

No del todo, solo lo justo para dejar asomar por la abertura el cañón de una escopeta.